



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

SUMARIO

TEXTO
 DE TODO UN POCO
 POR
Luis Taboada
EPÍSTOLA
 POR
Ricardo de la Vega
DONDE MENOS SE PIENSA...
 POR
José Estremera
VERSITOS
 POR
Constantino Gil
LA OBRA HUMANA
 POR
Alejandro Larrubiera
UNA AVENTURA
 POR
Sinesio Delgado
MENUDENCIA
 POR
José Rodao
VENGANZA IMPOSIBLE
 POR
Luis de Ansoarena
IGRAN ROMERÍA ACUÁTICA!
 POR
Juan Pérez Zúñiga
CHISMES Y CUENTOS
CORRESPONDENCIA PARTICULAR
ANUNCIOS

GRABADOS
AMOR CONTRARIADO
LOS AYUDAS DE CÁMARA
ASOMBRO
COQUETERÍA
VENGANZA IMPOSIBLE
 (dos viñetas)
DÚO DE TRISTES
ESPAÑA CÓMICA
 (Salamanca)
 POR
Cilla

Amor contrariado.



—¡Míá qué tiene uno desgracia algunas veces! Ya me había aceptao la Indalecia unas rosquillas y un pito, y cuando yo creí que estaba en punto de caramelo, salimos con que se ha resentido conmigo porque le pongo las habichuelas á quince...



DE TODO UN POCO

Todos los días se aprende algo nuevo.

La boina ha sido declarada prenda subversiva por los acomodadores del Circo de Parish, como podrá ver el curioso lector si me dispensa la gracia de leer el siguiente relato:

Yo, aunque me esté mal el decirlo, tengo un hijo de catorce años, á quien

trato de inculcar ideas sanas y sentimientos generosos. Para no envanecerlo, le obligo á que use boina azul, que es prenda modesta; y sólo cuando llega el verano permito que se engalane con un sombrero de paja sencillo, pero honrado. El hongo resulta pretencioso mientras no se poseen bienes raíces ó no se ha obtenido un título académico.

Pues bien, mi precitado hijo asistió noches pasadas al Circo de Parish provisto de una butaca perteneciente á *El Imparcial*, de cuyo periódico vengo siendo redactor, aunque indigno. Quiso sentarse, y un acomodador le cerró el paso diciéndole:

—Niño, no viene usted en condiciones de poder ocupar una silla.

—¡Carape!—exclamó mi hijo, que es muy bien hablado.—¿Por qué? ¿No traigo ropa nueva?

—Sí, pero trae usted boina, y la boina no está admitida en este coliseo.

En fin, qué mi hijo tuvo que quitarse la boina y guardársela en el bolsillo, y sólo así le permitieron sentarse al lado de unas señoras que decían *reditas* y de un caballero que fumaba en pipa y ahumaba á sus colaterales.

Minutos después, llegó otro chico con boina también, y el mío, encarándose con el acomodador, le preguntó cariñosamente:

—¿Por qué no dice usted á ese chico que se quite la boina?

—Porque ése ha pagado su entrada, y usted viene con billete «de favor.»

¿De favor? ¿De dónde habrá sacado el dependiente del Circo que los billetes de los periódicos son billetes de favor? No, apreciable dependiente, no; las empresas envían billetes á los periódicos á cambio de los anuncios y reclamos que éstos publican. Si faesen á pagar las empresas ambos servicios, seguramente tendrían que hacer un desembolso superior al precio de las dos butacas. No hacen, pues, favor alguno las empresas á los periódicos... y mi hijo puede ir de boina al Circo de Parish y adonde le dé la gana.

Pero suponiendo que quiera despojársela de esta prenda humilde, aunque decente, pregunto yo: ¿Cómo debo vestir á mi chico para que le permitan la entrada los acomodadores? ¿Ha creado la empresa algún uniforme especial, de uso obligatorio, para los que ocupen asientos de la prensa?

Yo pienso ir una de estas noches á ver la danza serpentina, y en caso de lluvia es muy posible que me ponga una boina para que no me moleste la capucha del impermeable. ¿Me permitirán la entrada los acomodadores? Y si llevo un sombrerito color de pasa que me regaló el día de mi santo un tío que tengo en Redondela, ¿me dirán algo los dependientes de la empresa?

Lo mejor será enviarles previamente una lista de las prendas que poseo, para que elijan á su gusto y me señalen las que debo ponerme.

En el Circo se fuma, en el Circo permanecen cubiertos los espectadores y las manifestaciones ruidosas están admitidas por todos los filósofos del mundo, desde Kant hasta el señor Ventura; pero nada de boinas, nada de prendas humildes que pugnen con las gloriosas tradiciones de los Pipino, Antonino y demás *inos* de la pista!

Para bien ser, los espectadores todos, ya sean paganos, ya de favor, deberían asistir á los circos con frac encarnado, calzón corto y sombrero de teja. Así como hay un traje especial para los niños que hacen la primera comunión, debe haber otro para asistir á las *sai-rées fashionables* del Circo. ¡No faltaba más!

Á los teatros puede ir uno como quiera, siempre que no enseñe

las carnes ó ofenda el natural pudor de las señoritas; pero al Circo... En el Circo hay que presentarse de rigurosa etiqueta y cigarro en la boca, y si puede ser puro mejor.

Propongo al Gobierno que secunde los buenos propósitos de los acomodadores antes citados y dicte una real orden imponiendo multas á todo el que se presente en el Circo con boina, casquete ó gorro catalán. No basta privarle del derecho de ocupar una silla; hay que hacer un escarmiento con los pícaros periodistas que tienen hijos y además los mandan á Parish sin el traje apropiado á las circunstancias y á la sublimidad del acto.

Yo voy á ver si obtengo una cruz para ponérmela en el ojal siempre que vaya al Circo. Si en vez de cruz me dan una banda, mejor que mejor.

Y entre tanto, ya lo saben ustedes: la boina ha sido declarada prenda subversiva por los acomodadores del Circo; de manera que una de dos: ó le compro á mi chico un sombrero de copa, ó lo mato. Ustedes dirán.

Luis Tablada.

No conocen al conde de Cheste



ni éste,

ni éste,

ni éste...

¡ni éste!

EPÍSTOLA (1)

Señor López Silva, ni buen compañero de letras, y amigo sincero y leal, un prólogo á un libro de tanto salero tener debería muchísima sal.

¡Un prólogo en serio y en prosa castiza!

Señor López Silva, ¿qué cosas pedís!

¿Queréis que la prensa me dé una paliza que me haga por fuerza dejar el país?

¿Queréis que los sabios me tomen el pelo,

lo cual que lo harían con mucha razón?

¿Queréis que, bajando los ojos al suelo,

vaya por las calles pidiendo perdón?

¡No, no, López Silva! Vos sois un buen hombre

y un vate festivo que sabe escribir.

Sin mi vuestro libro tendrá justo nombre,

y eso que mi prólogo haría reír.

Pintáis los chalapos y mozas de muerte

que tienen por sello la misma verdad.

Algún chistecillo pareceme faerte;

mas yo nunca en esto seré autoridad.

La crítica dice que no hay quien me venza

mojando mis brochetas en rojo color.

En suma, que tengo muy poca vergüenza

y muchas audacias de marca mayor.

Apruebo, por tanto, la rica mostaza

que á vuestros manjares supisteis poner.

Almibar, azúcar, guirlache y melaza,

no saben á nada ni pueden saber.

Pintad á las chulas de rostro hechicero

que pican y abrasan lo mismo que el sol.

Pintad al gomoso, pintad al torero,

pintad á la cursi que gasta arrebol.

Pintad al galeno que vive en la dada,

pintad al banquero de estúpida faz,

pintad al cesante, pintad á la viuda

y á todas las clases de la sociedad.

Mas ¡oh López Silva! de veras os digo

que todo lo vuestro me inspira interés;

y si algo os importa llamaros mi amigo,

no hagáis *pirocetas de corte francés*.

Dejad que asomados á los Pirineos

vivan los autores que tenemos hoy,

y así les arrimen doscientos meneos,

y Dios me perdone lo malo que soy.

Más vale á la escena llevar obras propias

y buenas ó malas correr el albur.

Dejad traducciones, arreglos ó copias,

y... basta; mi epístola cierro, y abur.

Ricardo de la Vega.

(1) Que sirve de prólogo al libro de López Silva *Los barrios bajos*, publicado recientemente.

LOS AYUDAS DE CÁMARA



—Anoche non iría á durmir á casa tu señurito.
 —Non.
 —¡Claru! Túvele yo encerradicu en un armariu de orden de la señora.

DONDE MENOS SE PIENSA...

—Dicen que es Timoteo quien te corteja y que le han visto anoche frente á tu reja, y que como correos de sus amores te manda á cada instante ramos de flores. Y tú ¿le quieres, Rosa? —Pues ¡ya lo creo! —Vaya, tú no conoces á Timoteo.

—Á mí antes me miraba muy cariñoso; pero yo no le quise porque ¡es más sosol! Al verme me decía: «Que Dios te guarde» y «¡Qué sol más hermoso que hace esta tarde!» «Si fueras á la fuente, también yo iría porque me gusta mucho tu compañía... Y pues que tú le aceptas, Rosa, yo creo que es porque no conoces á Timoteo.

—Si al caer de la tarde yo iba á la fuente, él solía ir conmigo tranquilamente y al hallarnos á solas, me repetía: «Qué hermoso que está esto, ¡Manuela mía!» Y si yo procuraba cambiar de asunto, me miraba callado como un difunto. —Sin embargo, le adoro. —Por eso creo que es que tú no conoces á Timoteo.

—Al fin, con Timoteo, de madrugada, te vi ir hacia la fuente de la enramada. Os seguí con cautela por el camino y entrasteis en el bosque junto al molino... ¿Que te convencerías entonces creo de que no conocías tú á Timoteo? —¡Ay! no, que claramente supe aquel día que era á ti á quien yo ¡incautal! no conocía.

José Estremera.

Versitos.

Ella por una acera,
 yo en la de enfrente,
 nos miramos un poco
 rápidamente,
 por vez primera.
 Pues bien, ella fué mía...
 desde la acera.

—¿En qué consiste que tenías miedo cuando era novio y te apretaba el dedo?
 ¡Y ahora, cuando te aprieto como un loco, siempre me dices que te aprieto poco!

—No me has dicho que me quieres, pero me miras del modo con que sabéis las mujeres decir... ¡nada! y decir... ¡todo!

—Es cosa que me choca el que tu madre me haya prohibido poner mi boca encima de tu boca. ¡Pues si no hacemos ruido!

—Hablando ayer del verano, y teniendo Gedeón un mapamundi en la mano, me hacía esta reflexión: «Aquí, casi todo es mar. Tierra poca; el mar la encierra. Pues no debería estar nunca caliente la tierra.»

—Tengo yo la manía de que después de muerto has de quererme, por lo menos, un día. Tan sólo por el gusto de no verme.

—Ella joven, y él también; la habitación tiene reja; la madre es sorda y muy vieja. Requiescat in pace. Amén.

—Lo que yo te dije después de abrazarte: ¡Verás qué morradas que nos da tu padre!

—La conciencia. ¿Qué es eso? Un tirano, vencido por un beso.

Constantino Gil.

La obra humana.

I

En una de esas tardes de Mayo en que la tierra parece una gran esmeralda dentro de la turquesa de lo infinito, ocurrió el choque entre los dos ejércitos.

Millares de hombres, millares de armas, cientos de cañones, todo el apresto de guerra se encontró reunido en un campo poblado de flores silvestres.

Los pies de los guerreros, las patas de las acémilas, las ruedas de las cureñas y de los carros pisotearon brutalmente los débiles troncos de tantísimas flores.

En aquella inmensa planicie, de ordinario sumida en majestuoso silencio, latieron dos corazones gigantes: el de la patria que se defendía y el de la patria que quería apoderarse por la fuerza de un pedazo más de tierra.

El latir de ambos corazones era terrible: cada contracción anhelaba puñados de valientes que, lanzando un grito, una maldición ó un suspiro, heridos ó muertos, caían sobre la alfombra de florecillas, tiñendo éstas de sangre en que se mezclaba la del que las vio nacer y la del invasor, al que nada le hacían recordar.

Al juntarse ambos corazones, su palpitir furioso atronaba el espacio con el eco de explosión de las bombas que trazaban por cima de los combatientes parábolas negras; el trueno de los cañones, las múltiples descargas de los fusiles, el seco martillar de los aceros al chocar la caballería, el agudo toque de las cornetas, las notas bélicas de las charangas: todos los sonos bárbaros de la guerra... ¡Cuando el corazón de la patria palpita herido por el odio ó la ambición tiene sonoridades terribles!...

.....
 Ya de noche cesó el combate.

La luna iluminó con tintas blanquecinas el campo de batalla.

La víspera su luz se detuvo sobre las flores.

Ahora caía más abajo, arrojando impalpables sudarios sobre los cadáveres de los que el azar inmoló en holocausto de una idea tal vez hermosa, pero sangrienta.

¡El corazón de la patria ambiciosa había triunfado del corazón amoroso de la patria oprimida!...

II

Llegó otro Mayo.

De nuevo las flores esmaltaban el campo sumido en majestuoso silencio. Nada hacía recordar la cruenta lucha de que fué escenario. Y es que cuanto ejecuta el hombre, pasa: el tiempo borra su obra.

Únicamente la obra de la naturaleza es eterna.

Siempre da flores...

Alejandro Barrubiera.



ASOMBRO



¡Jesús! ¡Parece mentira!
¡Arturo en traje de guerra!
Que no mire, qué si mira
se me va á asustar la perra.

Una aventura.

Después de un año de constante asedio, en que puse al servicio de mi idea las trampas, los recursos, las mentiras que amor sugiere y la pasión inventa, se rindió mi Dolores. ¡La Dolores más salada, más linda, más honesta que ha echado Dios el mundo. Con un talle que no he de comparar con la palmera porque era más esbelto, y unos labios apetitosos cual maduras fresas, y unos ojos más negros que la noche, y con unas pestañas, y unas cejas... En fin, un buen bocado. No es posible pintar ni describir sus excelencias, sobre todo después de doce meses de hacerlas grandes, al soñar con ellas. Se rindió á discreción, muy convencida de que era yo tan bueno, tan babieca que al caer en mis brazos no arriesgaba ni dos adarmes de su honor siquiera. Y después de larguísima entrevista con honores de asalto en toda regla, me dijo: «Bueno, iré.» ¡Santa palabra! Es decir, santa no, pero muy buena.

¡Cuánto trabajo me costó! ¡Qué luchas entre mi picardía y su inocencia, que servían de espuela al amor propio, prestando más relieve á su belleza! «¡Iré!» ¿Conque era cierto? ¡La victoria era mía por fin, grande y completa, sin más dificultades ni distingos que los remordimientos de conciencia!

La esperé en un cuartito reservado de un restaurant montado á la moderna, donde suelen pagar á peso de oro su vanidad los chicos calaveras.

Semanas se me hacían los minutos aguardando á mi bien, con una mezcla de temor y ansiedad, que lentamente me abrasaba la sangre de las venas. ¿Vendría? Tal vez no, que en ocasiones se defiende el pudor en sus trincheras y en el prólogo quedan las conquistas porque triunfa á la postre la vergüenza. ¿Sería yo capaz, si ella viniese, de llegar hasta el fin de la comedia

y de burlar su amor para lanzarla del ruin pecado en la escabrosa senda? Dolores era hermosa ciertamente, pero un ángel de Dios de puro bueno; y hacerla desgraciada por capricho sería acción infame y canallesca.

Llegó temblando de emoción, de miedo, toda encendida, acongojada, trémula, y hasta llegué á creer que se caía de puro susto al empujar la puerta.

Sentí tal compasión, piedad tan grande, que del desseo se apagó la hoguera y la dije azorado y confundido:

—Pasa, luz de mis ojos, y no temas, porque juro tratarte desde ahora como á la Virgen de los cielos reina.

Y es lo raro del caso que Dolores me miró con asombro, con sorpresa, como si un hombre nuevo de repente surgiese allí para burlarse de ella. Tiró en una butaca la mantilla y me dijo al oído:—Calla y cierra y no me jures tonterías. ¡Todos empezáis con la misma cantinelal

Sinesio Delgado.

MENUÉNCIA

Libre de gastos quería una cruz Pascual Soler, y vendió cuanto tenía para poderla obtener.

Pero al fin triunfó Pascual, y aunque se quedó sin trastos, ¡hoy ostenta muy formal una cruz... libre de gastos!

José Rodao.

COQUETERÍA



Por más que adopto un aire tan indiscreto... ¡no me dice un pipropo ningún paletó!



Venganza imposible.

En un gabinete ricamente amueblado, y tendida en una meridiana, se encuentra Matilde. Su incitante postura y la elegancia de su bata, color rosa pálido adornada con encajes de Bruselas, aumenta la maravillosa hermosura de la joven. Esta es morena, alta, de piel suavísima, boca fresca y carnosa, redondos hombros, levantado seno y delgada cintura. En este momento tiene el entrecejo fruncido y los dientes apretados. Está un poco pálida. Con la mano derecha oprime un paquete de cartas atado con una cinta de seda azul. Mira al reloj colocado sobre la chimenea y se mueve un poco como si se impacientara. Lo que piensa es esto:

«Dentro de unos minutos le tengo aquí. No puede faltar. Sin embargo, ¿le tendrá el amor de esa mujer tan esclavizado que, viendo en esta entrevista un peligro, no venga? Todos dicen que es muy feliz; que adora á su mujer... Tal vez la letura de mi carta le haya hecho pensar que de nuevo intento seducirle y huya la tentación... ¡Bah! Conozco á los hombres lo bastante para tener la seguridad de que vendrá... Por muy enamorado que esté de su mujer, por muy firmes que sean sus propósitos de no faltarle ni con el pensamiento, vendrá... Y una vez aquí... ¡Ah, Sr. D. Fernando Buendía, esposo fiel y amantísimo, espejo de hombres honrados y de caballeros, nos veremos!... ¡Voy á darte una puñaladita, nada más que una puñaladita!... No soy mujer que olvida fácilmente... ¡Cuatro años llevo esperando la hora de vengarme, y al fin llegó el momento! Ahora me toca á mí gozar y reír y divertirme contigo, como tú lo hiciste en otra época con esta infeliz, que no había cometido más crimen que adorarte con toda su alma... ¡Vaya una carita que vas á poner cuando leas estas cartas! ¿Creeas tal vez que habías encontrado el no más allá de las mujeres en la que hiciste tuya? ¡Pues verás... verás qué casta de pájaro es!... Y que no es intriga mal trazada, ni caíumbis ruin, ni ninguna de esas cosas á que los hombres os agarráis cuando la verdad os escuece muy adentro. ¡Cál! Está más claro que la luz... Mi trabajojillo me ha costado obtener estas cartas, pero ya están aquí... ¡Y que la niña es corta en sus arrebatos de amor!... Una alhaja... ¡Lo que se dice una alhaja!...»

Buena la campanilla de la puerta. Matilde se levanta precipitadamente y se acerca á escuchar.

«Sí... El es... ¡Pues no parece sino que toda la sangre se me ha subido á la cabeza!... ¡Eal... Un poco de serenidad. (Guarda el paquetito en el bolsillo de su bata.) Hasta el momento preciso no debe verlas... (Se sienta.) Voy á pasar el rato más divertido de mi vida.»

Entra Fernando. Es un hombre de unos treinta años, de buena presencia y simpático rostro. En la expresión de éste hay algo de melancolía, más bien cansancio. Tiende la mano á Matilde y la mira fijamente, pero sin gran curiosidad. Matilde, en cambio, tiembla y parece sorprendida del sello de tristeza impreso en el rostro de Fernando. Siéntase éste cerca de la joven, y guarda silencio, como en espera de que ella le manifieste el motivo de la cita; mas como Matilde calla, él se decide á hablar.

Fernando.—He recibido tu carta, y aquí me tienes... ¿Qué deseas, Matilde?

Matilde.—Te doy las gracias por haber venido. (Sin poder contenerse.) Pero antes, dime... ¿estás enfermo?...

Fernando.—No... ¿Por qué?

Matilde.—Me parecía... No eres el mismo...

Fernando.—El tiempo no pasa en balde, para mí al menos. ¡Cuatro años ya que no nos veíamos! Tú, en cambio, estás más hermosa que antes... (Sin entusiasmo). Pero dejemos esto. Me has citado diciéndome que teníamos que hablar de un asunto importante... ¿Cuál es?

Matilde (aparte).—Me he conmovido demasiado... Por más que él diga, debe de estar enfermo... ¡A que me voy á arrepentir ahora!... No... sería una necedad... Tengamos resolución. (Alto.) Pues sí... lo vas á saber... y ya verás si te interesa... Pero antes de entrar en materia, es preciso, ¿sabes? quiero yo que hagamos un poco de historia, nada más que un poco, para que de este modo, cuando lleguemos á la cuestión actual, tengamos los recuerdos vivos... ¿comprendes?... Pudieras haber olvidado algo de lo que entre nosotros pasó, y es necesario que hagamos memoria de todo... Sin este preámbulo, francamente, no puedo decirte nada.

Fernando (sintiendo un poco de curiosidad).—No creo que sea preciso. Mis recuerdos no se han borrado. Pudiera repetirte la historia de nuestro amor día por día, momento por momento. Pero ¿qué nos



pueda ni á ti ni á mí importar eso en las circunstancias actuales?

Matilde (herida en lo más hondo y con una precipitación nerviosa que hace silbar sus palabras).—Eso es lo que vamos á ver ahora mismo... ¿sabes? ahora mismo... Y, á pesar de tus circunstancias y de las mías, repito que esa historia se impone, y que te la voy á contar, para que comprendas lo que vendrá después.

Fernando.—Si es capricho, empieza.

Matilde.—Pase oye. Cuando tú me conociste, era yo una chiquilla sin experiencia de la vida, sin maldad alguna, limpia de todo pecado, hasta de los que vienen del pensamiento, llena de ingenuidad y ¿por qué no decirlo?... harta de poesía... algo zafia, salvaje, el que eres... una mujer *puca curtida*, según el calificativo que vosotros los hombres de mundo aplicáis á las que defienden su honra á puñetazo limpio si llega el caso... ¿No es así?...

Fernando.—Cierto... pero...

Matilde.—...Pero yo no defendí la mía como debí hacerlo. Ibas á decir eso, ¿verdad? Conformes en este punto... Era yo hija del guarda mayor del monte que tú y otros como tú teniais arrendado. Recuerdo perfectamente cuanto haciais los días en que el capricho ó el aburrimiento por la vida de Madrid os llevaban al campo. Más que á disfrutar de éste y á oxigenar vuestra sangre empobrecida, ibais al monte á jugar y á emborracharos. Mi padre lo decía muchas veces: «Eos señoritos no valen el tiro que se gastaría para matarlos.» Y no le valiais, Fernando, no le valiais... Á mí todos tus compañeros me daban asco. Cuando salía de la habitación donde estabais reunidos jugando á la banca, después de serviros el coñac ó el ron que pediais, veíame en la necesidad de salir al campo á respirar aire puro, á orear mi cuerpo, al que sentía adheridos no sé qué miasmas que me producían náuseas. Parecíame como si la virginidad de todo mí ser hubiera sufrido un ataque rudo al sumergirme por un solo instante en la atmósfera pesada de aquella habitación llena de humo, de olores acres, de palabrotas obscenas. En cuanto salíais de allí abría todas las ventanas, y luego, triste, inquieta, como si el contagio me hubiera invadido, íbame á mi cuarto, pidiendo á Dios que vuestra estancia en el monte fuera muy corta y que tardarais mucho en volver. Nunca salíais de allí sin dirigirme algún grosero piropo, á veces en presencia de mi padre, al que en más de una ocasión vi acariciar el cañón de su escopeta mirándoos aviesamente, como hombre al que va faltando la calma. Relámpago de un momento, porque al fin su indignación terminaba siempre con un despreciativo ademán, y la frase de costumbre:—¡Bah! ¡No valen el tiro!...

Fernando.—¡Hola! ¿Conque esas teníamos?

Matilde.—En fin, la antipatía, el temor y el asco cayeron de pronto. No me explico la razón de que sucediera aquello... pero sucedió... Ahora que soy una mujer de mundo, hecha, *curtida*, te digo que me cogiste por sorpresa, porque la casualidad hizo que vinieras á mí en ese cuarto de hora maldito que todos tenemos... Me emborrachaste con tus palabras y con tus caricias; me volviste loca... No te engaño... ¿para qué había de engañarte ahora, en nuestras circunstancias actuales, como tú dices? Al hacerte dueño de mi cuerpo te di yo el alma. Desde que fui tuya, lo fui del todo... Nací á una vida nueva... Me convertí en otra mujer... Tus amigos seguían dándome asco; más que antes... Pero á ti, Fernando, te adoraba como á algo esencialmente mío, como se adora á Dios. Por la memoria de mi padre te lo juro... Créeme, porque, sin esto, lo que voy á hacer ahora contigo sería la mayor iniquidad, la infamia más grande que se pueda soñar. (Con exaltación.)

Fernando.—Pero ¿qué es lo que vas á hacer?

Matilde.—Deja que acabe. Esclava humildísima de aquella pasión que de tan rudo modo tiranizaba mi espíritu, cuando me propusiste que abandonara el monte y huyera del lado de mi padre, no dudé un momento. Mi voluntad era tuya y te seguí. Vinimos á Madrid. Cubriste mi cuerpo de las más elegantes telas, de las albas más costosas, de los perfumes más enloquecedores... Me llevaste á paseo, al teatro, á los toros... En una palabra, me hiciste como á un objeto de lujo, envidiado por muchos tan necios como tú, como se exhibe un caballo de raza ó un tren aparatoso. Cuando el juguete te cansó, cuando la atención pública se apartó de nosotros para dirigirse á otra novedad, te alejaste de mí, sin darme explicaciones, sin dignarte contestar á las muchas cartas que te escribí. Convencida de tu traición y también de que todos mis esfuerzos para atraerte de nuevo serían vanos, pensé volver á mi casa, á conseguir que mi padre me diese su perdón ó me pegase un tiro... Era casi igual para mí... No llegué á ir porque supe que el pobre había muerto... Tú y yo le matamos... Entonces, seguí adelante el camino que tú me habías enseñado, prometiéndome aprovechar la primera ocasión que se presentara para hacerte comprender que, merced á las lecciones del mundo en que tú me metiste, había aprendido lo suficiente para vengarme, y te había amado lo bastante para no retroceder. Tú te casaste; eres feliz, según creo, pero lo has sido hasta hoy... En lo sucesivo vas á llevar en tu corazón la misma amargura que durante tanto tiempo he llevado yo en el mío; porque de todos tus sueños de paz, de tranquilidad, de dicha, no van á quedar más que ruinas informes sobre las que flotará mi figura vengadora... ¿Vas entendiendo?

Fernando (con indiferencia).—Quizás, sí... Pero estás engañada. No puedes ver garte.

Matilde.—¿Cómo? Te digo que no me comprendes.

Fernando.—Más de lo que supones.

Matilde.—¿Y por qué no puedo vengarme?

Fernando.—Tú misma lo has dicho... ¿Aspiras á destruir mi ventura, mi paz, mi hogar tal vez? Pues dime cómo vas á lograrlo, cuando nada de eso existe.

Ante aquella revelación hecha en un tono frío, casi irónico, Matilde queda inmóvil, sin encontrar palabra con que responder. Había llevado la mano al bolsillo en el que guarda el paquete de cartas. Al oír á Fernando detiene su ademán, mirando á aquél con espanto y asombro. Su antiguo amante se levanta y se acerca á ella.

Fernando.—Yo feliz! Eso eres el mundo, pero no lo soy. Me has referido una historia que como tú sabías; oye en cambio otra que tú no sabes y que es muy breve. Me casé tan engañado, tan por sorpresa como tú te entregaste á mí. Figúrame á la que hoy es mi mujer como acabado modelo de todas las perfecciones humanas... una ilusión que se desvaneció al poco tiempo. Como yo busqué tu hermosura, mi mujer buscó mi fortuna y mi nombre, y obtenidor, se quitó la máscara. Empecé por sentir indignación, ira, despecho... hasta los celos me atormentaron!... Más tarde, y ya con la evidencia de su maldad, dudé si mataría ó apartarme de ella para siempre... No hice ni lo uno ni lo otro. Lentamente fueron transformándose mis sentimientos, sin que yo pueda explicarte la razón, pero de aquel despecho, de aquella ira y de aquellas dudas sólo quedó un desprecio infinito, una frialdad de algo muerto... como si me hubieran arrancado el corazón... (Y el vacío no se ha vuelto á llenar, ni aun con el odio! Mi mujer y yo somos dos extraños. Y, créeme, cuando se siente el cansancio que yo siento, ésta es la mejor solución para esos problemas del matrimonio, motivo de tantas discusiones... por lo menos, la más cómoda (con sarcasmo). ¿Comprendes ahora por qué no puedes destruir lo que no existe?... No me digas nada... Sería inútil... Sé todo lo que pudieras referirme... Ni necesito vengarte... Los hechos se han encargado de hacerlo... Para dar una puñalada que perta el corazón, se necesitan dos cosas: un puñal; quizás le tengas... y un corazón; ¿ese me falta ya! ¿Qué dices ahora? ¿Nada, verdad?... O tanto hablemos sobre. Me has llamado; he venido... Querías vengarte; no puedes... Esto es todo... Adiós, Matilde.

Matilde queda sola. Después de permanecer un momento pensativa, se levanta y, sacando el paquete de cartas, le arroja á la chimenea diciendo:

—Tenis razón mi padre... ¡No valen el tiro!

Escena de Ausencia.

★

DÚO DE TRISTES



—Estos días de barullo y de fiestas me aburren soberanamente.
—Y á mí. No está uno para la orgía, ni para el amor... ni para encontrar dinero por ninguna parte.

★

ESPAÑA CÓMICA.



¡GRAN ROMERÍA ACUÁTICA!

«Madrid... etcétera, etcétera.
Querida prima Rosario:
Te escribo, aunque desde el martes
me encuentro aquí chorreando,
para que sepas lo mucho
que me he divertido ogaño
en la fiesta del patrono,
desde que nos embarcamos
Perico y yo, muy valientes,
en un ripert trasatlántico
que nos dejó en la pradera,
ó mejor dicho, en el lago.
Fuimos nadando hasta un punto
que á mí me pareció un faro
y que, según me dijeron,
era la ermita del Santo,
y dentro de ella, entre velas
y con un remo en la mano,
se hallaba el patrón bendito,
de impermeable y en zancos.
Nunca he sido irreverente,
mas como llovía tanto
hube de entrar en la ermita
con el sombrero calado.
Luego pasé al cementerio,
es decir, al charco-santo,
donde los muertos tenían
fuertes dolores reumáticos.
Después vi dos marineros
dando á un aguador de palos
por querer tomar á tiros
un columpio, digo, un barco;
y una pareja de buzos
de orden público, en el acto
los condujo á una galera
por un cable maniatados.
Sin que el temporal cesara
y viendo llover á cántaros,
en un flotante aguadacho,
como es natural, tomamos
nuevos pasados por agua,
dos copas de vino agudado

y un chocolate muy turbio
y al mismo tiempo muy claro.
¡Qué sirenas vi más lindas!
¡Qué peregones, y qué patos,
y qué patas, y qué atunes,
y qué pulpos más extraños!
Vi allí botijos con agua:
ostras y almejas del Santo,
pitos con algas marinas
y Neptanitos de barro.
Hubo, en vez de *pin, pam, pum,*
mil regatas en el charco.
Yo por lo menos vi á muchas
señoras regateando.
No vi por allí á Tamames,
ni á Figueroa (don Alvaro).
Pasquín era el que tenía
todo aquello á su cuidado.
Lo más notable de todo
fue que un tiburón muy largo,
yo no sé si procedente
del mar Rojo ó de Vicalvaro
y que era en una barraca
por las gentes admirado,
se declaró en huelga y dijo:
«Yo corto aquí el bacalao
como en el mar, caballeros.»
Y se largó á echar un párrafo
con San Isidro y consorte,
produciendo gran espanto;
pero no víctimas, gracias
á que estaba disecado.
Volvimos tarde. Por cierto
que, en vez de volver á nado,
subimos en un esquife
conducido por dos barbos,
y un tranvía de la escuadra
nos dió tan fuerte golpazo
que en la puerta de Toledo
por poco si naufragamos.
En el mixto de esta noche
rosquillas tontas te mando.

Las compré lisas y mondas;
mas como el agua de Mayo
hace que el cabello crezca
y llovió sobre ellas tanto,
tal vez tengas que afeitarnos
antes de dar un bocado.

Da recuerdos á tus padres
y no te olvides, Rosario,
del más húmedo de todos
tus primos,

Simón Aguado.
Por la copia,

Juan Pérez Suiñga.

CHISMES Y CUENTOS.

¡Valiente polvareda se ha levantado contra el veredicto del Jurado de El Escorial!

La opinión, al decir de los periódicos, está profundamente indignada, y éste protesta airado, el otro pide la anulación del fallo y los arrimados á la cola exigen con este motivo á voz en cuello el restablecimiento del antiguo régimen...

Efectivamente, resulta i comprensible y absurdo á simple vista que doce ciudadanos que están en sus cabales digan, con la mano puesta sobre el corazón, que un niño de tres años, y falto de alimentación por añadidura, puede defenderse de dos hombres hechos y derechos.

No es posible negar que el niño Pedrín fué víctima de un asesinato, y no de un homicidio...

Pero, si ustedes me lo permiten, voy á defender contra la opinión general al Jurado, no á la institución, que no lo necesita, sino al de El Escorial en este caso concreto.

Y... hagamos capítulo aparte.

Es indudable que los jurados, como todo el mando, tenían la convicción de que los procesados eran los criminales y de que entre ellos estaba el asesino. Pero ¿cuál de ellos era? ¿Qué responsabilidad alcanzaba á cada uno? Basta leer detenidamente los extractos de las sesiones del juicio para convencerse de que no es posible contestar á ninguna de estas preguntas sin peligro de equivocarse lamentablemente.

La calificación de asesinato llevaba consigo la pena de muerte para el Chato. ¿era el Chato el principal culpable? ¿No podía ser, acaso el único, Crisanto Jorge, que en este caso presenciaria tranquilamente la expiación de su culpa en cabeza ajena?

Las declaraciones contradictorias y confusas del sumario, la falta de prueba, todas las circunstancias, en fin, de esta causa se han reunido para llevar la indecisión al ánimo de los jueces.

¿Hay alguien, entre los que ahora protestan del fallo, capaz de firmar una sentencia de muerte en tales circunstancias?

El Jurado ha preferido, pues, castigar con todo el rigor de la ley á los procesados, sin llegar á la pena capital para ninguno; único modo de quedar en paz con su conciencia.

Y ha declarado á sabiendas que era homicidio lo que era asesinato indudable. ¿Qué otro recurso le quedaba?

Ha hecho... lo que hubiéramos hecho todos.

La Correspondencia, que ya el año pasado defendió con idéntico motivo la buena causa, pide al Sr. Alcalde que, puesto que van á empezar de un momento á otro las verbenas, tenga cuidado de impedir la obstrucción de la yfa pública por varios apreciables industriales que han tomado la costumbre de improvisar bailes en mitad del arroyo, con el santo fin de vender unas copitas más de vino.

No hay que decir que voto con *La Correspondencia*

Pero ¿qué vamos á apostar á que no nos hace caso la autoridad competente?

¡Está tan ocupada en molestarnos con eso de los tranvías!...

Si manda el cólera Dios,
haga el favor de mandar
un cólera portugués,
que apunta, pero no da.

Dice un periódico:

«Ayer se verificó la sesión literaria musical dedicada por los profesores y alumnos á la memoria de Arrieta.

Si el ilustre maestro á quien ha estado dedicado tan solemne homenaje hubiera podido asistir á esta sesión de la escuela que dirigió tantos años, tenemos por seguro que su satisfacción hubiera traspasado los límites del entusiasmo.»

Esto me recuerda el cuentecito agridulce de la familia que, apurada por el hambre en una población sitiada, tuvo que comerse al perro, que era una monada.

Y al acabar la comida dijo uno de los comensales, entre lágrimas:

—¡Pobrecito pachón! ¡Cuánto hubiera gozado él ahora royendo estos huesecitos!

Quitando al primer hombre una costilla
Dios hizo á la mujer, obra completa
que á todos los mortales maravilla.
Y el hombre, por la cosa más sencilla,
deshace á la mujer de una chuleta.

SIXTO CELORRIO.

Libros:

Besugos de la mora ó los papás de javiña, folleto satírico y contundente del distinguido publicista D. José Muñoz de Quevedo. Precio: 50 céntimos.

De polo á polo, zarzuela cómica en un acto y en verso, de D. Calixto Navarro, música del maestro Saco del Valle, estrenada recientemente con gran aplauso en el Teatro Eslava.

Horas de luz, colección de lindísimas poesías de D. Luis Ram de Vin. Precio: 3 pesetas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Carlos.—Malitos los tres. Al verso «sería una prueba evidente» le sobra evidentemente una sílaba.

Sr. D. A. R.—Esos jueguccitos de palabras están mandados retirar hace mucho tiempo.

Charli-parla.—Nada puedo aprovechar,
con verdadero pesar.

Zaragüeta.—Digo lo mismo, pero en prosa. Tenga usted cuidado con las sílabas.

Garita.—Muy por lo mediano van esas redondillas y muy inocente el asunto.

X. W. Z.—Y el del epigrama de usted gastadico además.

Morra Minfer.—«Un chico muy simpático
aunque á su modestia no cuadre
siempre le decía á su padre:
quiero ser autor dramático.»

Ha querido usted hacer cuatro octosílabos y por casualidad le ha salido uno. Y... sigue toda la composición de la misma manera.

Sr. D. F. G. A.—Bien medidos si están los versos, pero carecen de fluidez y soltura, y el romance resulta pedestre y pesadito.

Sr. D. M. P.—Vulgares é inocentes los cuatro. ¡Qué se le ha de hacer!

Sr. D. P. L.—Filosófico es el soneto, pero de una filosofía un tanto trasnochada.

Fray Bucoico.—¡Jesús! ¡qué de incongruencias, y de asonancias y de versitos sin medida!

Muthurruquer.—Pues... ha adoptado usted ahora un sistema tan pasado de moda como el anterior. Y más, si me apura usted un poco.

Bomba.—¿Todo para decir
que se va usted al tren?
¡Pues páselo usted bien!

Sr. D. P. L.—¡Dejemos en paz á las vecinas!

El tío Pesares.—¡Pensar que el romance de la carta es fluido y gracioso y los epigramas son medianos! ¡Es para darse á los mismísimos mengues!

Sr. D. D. E. C.—Con igual asunto se publicó hace poco una composición de Zúñiga. Y... no hay que machacar sobre lo mismo.

Un sangüesino.—Hace usted mal en llamar artículo á una composición en verso. Porque no lo es, ni mucho menos. La cual composición, además, no tiene de particular nada absolutamente.

Damián.—Que es lo que le pasa á la de usted asimismo.

El diablo de mi suegra.—El primer cantar dice así:

«Ayer la vi en verbena
bailando con un hortera;
y aún dirán que mi morena
nunca saldrá de florera!»

Y yo creo que para cantar así... más vale dejar á un lado la guzla.

Sr. D. J. F.—No, por Dios, esos epigramas no. ¿Quién diablos se llama de apellido *Sonfacto*? ¡Nadie en el mundo! Y así, inventando cosas, se encuentran fácilmente los consonantes.

Sr. D. G. V.—El cuento es muy viejo y está relatado con una extensión que le perjudica notablemente, sin contar con que no todos los versos son tan correctos como debieran.

Julián.—No hagas más seguidillas de esas, Julián, ¡qué tiés madre!

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



MARCA REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.
Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.
Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.
Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.ª
Teléfono 924.